

NÚMERO 163 — TOMO X

20 DE ABRIL DE 1928

Reproducción

Director: ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

ADMINISTRACION: BOTICA DE LA DOLOROSA

Apartado 230

SAN JOSE DE COSTA RICA

36318 IMPRENTA TREJOS HIJOS.

Apartado 1313

Teléfono 285

Imprenta

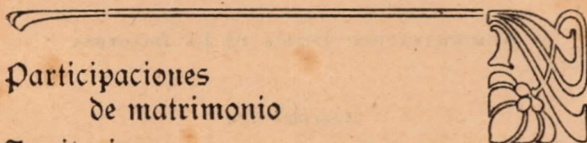
Librería

Encuadernación

Papelería



Trejos Hnos.



Participaciones
de matrimonio

Invitaciones

Libros de caja

Memorandums

Facturas

Cheques & Recibos

Calonarios

Libros en blanco

Cartetas

Menús, etc. etc.

Cumplimiento

en la entrega

de trabajos

REPRODUCCION

DIRECTOR: ELIAS JIMENEZ ROJAS (Apartado 230)

No. 163

San José, C. R., 20 de Abril 1928

Tomo X

El Tratado con Panamá

Como Director de REPRODUCCIÓN, estoy moralmente obligado a externar mi pensamiento cuando se discute por la prensa un asunto de incalculable interés nacional. Lo que es lícito a un diputado lo es siempre mayormente a un periodista. Y puedo hablar con llaneza en razón de ser mi revista la más pequeña del país y la que menos circula.

El problema de Panamá comprende por lo menos tres puntos distintos que examinaré sucesivamente.

1.º ¿Debe o no Costa Rica entrar en nuevas negociaciones con Panamá después de todo lo que nos ha ocurrido?

A mí me parece que sí, aun cuando debamos sufrir otra nueva gran pérdida de territorio. Por mucho que represente para un país minúsculo la cesión de cincuenta mil hectáreas, más representa la definición terminante de un derecho y el

amojonamiento subsiguiente. Hablo de un derecho que se haga indiscutible ante todas las naciones; no hablo de paz ni menos de amistad con Panamá, pues estas cosas no se afianzan con tratados. Hay que ponerse en regla con el vecino, sin imaginarse que así vaya a transformarse el vecino: si era malo, malo seguirá después del convenio. A pesar de un tratado expreso y decisivo, Bélgica fué invadida y destrozada por Alemania, pero no por ello cesó de ser reconocido el derecho de Bélgica por todas las naciones, inclusive la misma agresora, y la causa de Bélgica fué la causa de la justicia. Esto es lo que debemos querer los costarricenses: que la causa de Costa Rica sea claramente la causa de la justicia.

«¡Ya lo es!», dirán los que invocan el Laudo White. A ellos respondo: es infantil esperar de Panamá lo que no han dado hasta hoy sino excepcionalmente pueblos de muchísimo mayor pujanza moral y material. Mientras la sociedad o las sociedades entre naciones no se constituyan sobre bases semejantes a las que sirven ya para fundar las sociedades entre individuos, los fallos de los árbitros o arbitadores correrán entre las naciones la

misma suerte que corren entre los individuos los fallos en que no intervienen de algún modo, directo o indirecto, las autoridades constituidas. Dado el fallo, la parte que se cree perdidosa, declara que erró en la elección del árbitro y se niega a sufrir lo que ella llama un castigo desproporcionado al error cometido.

El segundo punto que hay que considerar es si el proyecto de tratado en cuestión goza o no de buena atmósfera en Panamá. ¿A quién se le ocurre perder tiempo en el estudio de un convenio desechado de antemano por una de las partes?

El tercer punto del problema está en averiguar a ciencia cierta qué es lo que vamos a ceder. No conozco una carta geográfica exacta del terreno que ofrecemos o que se nos pide; no creo que nuestro Gobierno la posea. Si no la posee, debe hacerse de ella por todos los medios a su alcance. La querrela con Panamá, tenemos que dirimirla formalmente. Y aquí termino con palabras de don Pedro Pérez Zeledón: no vayamos a paso

de entierro de pobre; cuidémonos mucho de no dejar plantada la menor estaca de jesuita!

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

De A. THIERS

(1848)

Del Rico

LA AGLOMERACIÓN DE LOS BIENES QUE RESULTAN DE LA PROPIEDAD, ASÍ PERSONAL COMO HEREDITARIA, COMPONE LO QUE SE LLAMA LA RIQUEZA, LA CUAL DESEMPEÑA EN LA SOCIEDAD MUCHAS FUNCIONES INDISPENSABLES.

De la propiedad garantida al individuo y a sus hijos resultan acumulaciones de riquezas, más o menos prontas, a las cuales basta algunas veces una sola generación para formarse, cuando se encuentra un hombre felizmente dotado; pero ordinariamente se necesitan muchas, alzándose de este modo grandes fortunas, que atraen las miradas como esas grandes pilas de grano colocadas a lo largo de los caminos, en la orilla de los campos fértiles. Bien sé que este espectáculo ofende la vista de ciertas personas, ¿pero qué se ha de hacer?

Repetiré aquí lo que ya anteriormente he dicho de las primeras desigualdades de los bienes, ocasionadas, desde el origen mismo de las sociedades, por la desigualdad natural de las facultades humanas; que es preciso sufrirlas, porque esas partes más considerables de la riqueza general a nadie han sido robadas; que para impedir las habría sido necesario detener al hombre, y decirle: «no trabajes tanto»; y que, por último, todos se aprovechan de ellas, hasta el envidioso, porque si hay más alimentos, vestidos y habitaciones, todos estos objetos, necesarios a la vida, están más baratos para todos.

Hay, pues, una poderosa consideración para dejar obrar a esos trabajadores obstinados, pues ellos a nadie quitan nada, y dan algo a todos. El efecto está a la vista. Pues bien; si esa riqueza ofusca a unos, también estimula a otros: los sostiene, los anima, y la sociedad encuentra tantas ventajas con la emulación que resulta para la generalidad de sus miembros, que puede y debe prescindir del despecho y de la envidia que algunos de ellos conciben. Además, la sociedad no tiene sólo estas razones, a juicio mío demasiado po-

derosas, para consentir la acumulación de la riqueza; tiene otras que es fácil conocer.

Sin duda no se quiere en la sociedad un solo trabajo: el trabajo manual. Se quiere también que el hombre pueda aplicar el compás sobre el papel para medir el curso de los astros y aprender a atravesar los mares; se quiere que pueda leer y estudiar todos los días los anales de las naciones, para descubrir la causa de la prosperidad o de la caída de los imperios y aprender a gobernarlos. Pues bien; el hombre no podrá hallar estos placeres inclinado de sol a sol sobre la tierra o sobre una máquina. Cierto que algunas veces un campesino será Sforza, y un cajista Franklin; pero estas excepciones son raras. Los hijos de los hombres dedicados al trabajo manual y que han recibido de sus laboriosos padres una educación superior a su clase, pasarán por todos los grados de la escala social, y llegarán a los sublimes trabajos de la inteligencia. El padre era campesino, obrero en una fábrica, marinero a bordo de un buque. El hijo, si el padre ha sido laborioso y económico, será arrendatario, manufacturero, capitán de un buque. El nieto será banquero, escribano, médico, abogado y acaso ministro.

Las generaciones se levantan así unas sobre otras, vegetan en cierto modo, como el árbol que, al renovarse las estaciones, echa nuevos vástagos, que frescos, tiernos y verdes como la yerba en la primavera, toman en el otoño el color y la consistencia de la madera, y después, cuando al año siguiente son ya ramas pequeñas, se cubren a su vez de nuevos tallos, y con el tiempo se convierten en gruesas ramas para reemplazar al mismo tronco principal; y reproduciéndose semejante fenómeno en todos sentidos, abarcan al fin el suelo con su magnífica sombra. Así se realiza la vegetación humana, y poco a poco se forman esas clases ricas de la sociedad, que se llaman ociosas, y que no lo son, porque el trabajo intelectual equivale al trabajo material, y debe sucederle, si se quiere que la sociedad no permanezca sumida en la barbarie. Reconozco que entre esos ricos, hay algunos que, hijos indignos de padres sabios, pasan la noche en medio de los festines, rodeados de cortesanas, embriagados con bebidas que turban su razón, y consumen en la ociosidad y la crápula su juventud, su salud y su fortuna. Esto es demasiado cierto; pero no tardarán en ser castigados. Marchitada su ju-

ventud antes de tiempo, y destruida su fortuna antes de llegar al término de su carrera, pasarán tristes, desfigurados y pobres por delante de esos palacios que les legaron sus padres, y que su loca prodigalidad entregó a ricos más discretos, y en el trascurso de una misma generación se verá recompensado el trabajo del padre, y castigada la ociosidad del hijo. ¡Oh, envidia, implacable envidia! ¿Estás ya consolada?

Por otra parte, ¿todos los hijos del rico son ociosos, libertinos y disipados? Es verdad que no trabajan como el que labra la tierra, teje o forja. Pero, vuelvo a preguntar, ¿no hay más trabajo que el de las manos? ¿No es preciso, repito, que haya hombres dedicados a estudiar la naturaleza, a descubrir sus leyes, para usar de ellas en provecho de la especie humana, para aprender a emplear el agua, el fuego, los elementos, y para aprender a constituir y gobernar las sociedades? También es cierto que no es el rico quien por lo regular hace esos sublimes descubrimientos, aunque lo es algunas veces; pero siempre los estimula y contribuye a formar ese público instruido para el que trabaja el sabio modesto y pobre; él es

quien posee ricas bibliotecas, él es quien lee a Sófocles, Virgilio, el Dante, Galileo, Descartes, Bossuet, Moliere, Racine, Montesquieu y Voltaire. Y si él no los lee, en su casa y cerca de él otros los leen, los estudian y los comentan, y cerca de él se reúne esa sociedad ilustrada y escogida para la cual el genio escribe, canta y cubre el lienzo de colores. Algunas veces el rico es por sí mismo un buen juez; otras veces posee también un talento eminente, y no se limita a gozar de las obras del genio, sino que las produce brillantes. Entonces es el rico Salustio, el rico Séneca, el rico Montaigne, el rico Buffon, el rico Lavoisier; y acaso es también el hombre de Estado eminente que preside los destinos de su patria.

Así, un simple tejedor de algodón acumula riquezas inmensas; es inglés, y se llama Peel. Empleando su vida en los talleres, está poco versado en el conocimiento de los negocios de Estado; pero da a su hijo una educación esmerada; y colocándose éste a una altura superior a la de su padre, y uniendo a los conocimientos más extensos la influencia de la fortuna, llega a ser uno de los primeros hombres de Estado de Inglaterra, y co-

locándose entre las razas viejas y las nuevas, gobierna su patria con una admirable combinación del espíritu antiguo y del espíritu moderno. ¿Será acaso un espectáculo odioso el de un padre que, después de haber empleado sus facultades de una manera lucrativa, proporciona a su hijo el medio de emplearlas de una manera menos lucrativa, pero más noble y elevada? ¿No es útil, no es necesario que a uno de estos empleos suceda el otro? Permítidme que os cite todavía otros ejemplos, que en sus respectivos tiempos fueron el tormento de muchos envidiosos.

En la república más fecunda en riquezas y en obras maestras, porque fue madre del Dante, del Petrarca, de Boccaccio, Maquiavelo, Galileo, Ghiberti, Brunelleschi, Leonardo de Vinci y Miguel Angel, en esa república que inundó la Europa con sus paños, con sus sedas, con sus terciopelos, con sus obras de plata y oro, con su dinero y su crédito, hubo una familia de mercaderes ilustres que han legado su nombre a uno de los tres grandes siglos de la humanidad: ¡los Médicis! ¿Se dirá que fueron malos los ejemplos que dieron al mundo?

Juan de Médicis en 1400 fundó la for-

tuna de su familia. Dulce, prudente y laborioso, y poseyendo en el más alto grado el genio del tráfico, reunió riquezas inmensas, y alejándose como un sabio de los negocios públicos, y aun algo melancólico, según Maquiavelo, aconsejó a sus hijos que jamás se mezclaran en los asuntos del gobierno. Recordad, les dijo al tiempo de morir, que jamás he ido al *Palacio Viejo* (este era el palacio del gobierno) sino cuando he sido llamado.

Felizmente no fueron seguidos sus consejos. Su hijo Cosme, rodeado de los más sabios maestros, instruido en las ciencias, las artes, la política, y dotado de un genio atrevido, se mezcló, a pesar de los consejos de su padre, en los negocios públicos, fue proscrito y luégo llamado con entusiasmo; no gobernó; pero influyó treinta años en la república florentina; mandó a Michelozzo edificar el soberbio palacio de su familia ⁽¹⁾; vivió con Massaccio, Brunelleschi, Ghiberti, Donatello, el Poggio; fundó escuelas de griego en Florencia; aumentó todavía la fortuna de su familia, y a pesar de ser político y sabio, continuó siendo negociante. Sin embargo, este

(1) El palacio Ricardi.

negociante abandonaba su escritorio algunas veces para ir a su hermosa quinta de Caffragiolo, y leer allí los diálogos de Platón que el Poggio le había traducido, y él había pagado a peso de oro.

Apenas le sobrevivió su hijo Pedro, y la gloria de su casa pasó a su nieto, a ese hombre que la posteridad no ha cesado de amar y admirar bajo el nombre de Lorenzo el Magnífico. Este, más desobediente todavía a los consejos de su abuelo, olvidó completamente el comercio y no fue más que sabio y político. Educado con Policiano y Pico de la Mirándola, poeta, caballero aventajado en todos los ejercicios del cuerpo, feo como Sócrates y seductor como Alcibíades, hombre de Estado tan sabio como negociador irresistible, salvó a su patria, amenazada de una coalición general, y sometió a ella con la dulzura de su dominación a todas las cortes de Italia; las hizo vivir quince años en un reposo profundo, que los historiadores italianos han llamado la edad de oro de su patria, escribió excelentes versos, hizo buscar y descubrir en Europa los más preciosos manuscritos griegos y latinos, las estatuas más bellas de la antigüedad, protegió a Miguel Angel, asom-

bró y deslumbró con su magnificencia a los príncipes italianos que había atraído a Florencia por el interés de la concordia general; pensó en todo, excepto en su fortuna, prodigó sus bienes y los comprometió de tal modo en el interés general, que Florencia agradecida, declaró confundidos en uno mismo el tesoro de los Médicis y el de la república; murió, finalmente, llevando al sepulcro la felicidad de su patria, porque habiendo desaparecido con él la prudencia que la hacía dichosa, franceses y alemanes se arrojaron sobre Italia, la desolaron por espacio de medio siglo, y la hicieron lo que todavía es, es decir, esclava. (1)

¿Hubiera sido mejor que este bello fenómeno de la trasmisión hereditaria no hubiese existido? ¿Hubiera sido preferible que deteniéndose en Juan la fortuna de los Médicis, Cosme hubiese tenido que emplear su vida en volver a formarla, y que detenida nuevamente en Cosme, Lorenzo se hubiera visto obligado a empezar otra vez, y que ninguno de ellos hubiera tenido tiempo de cultivar las artes, las letras y la política?

(1) No se debe olvidar que esto fue escrito en 1848.

Estas aglomeraciones de fortuna, consecuencia forzosa del trabajo excitado indefinidamente, proporcionan las ocasiones necesarias para el cultivo de las ciencias sublimes. Ellas forman esa región social en donde el talento no nace siempre, sino algunas veces; pero en donde es necesario habitar para hallar ejemplos y estímulo. Así, en sus profundas combinaciones, la naturaleza, entregada a sí misma, hace que la conveniencia de unas cosas corresponda a otras mil. El hombre que trabaja debe tener la facultad de hacerse rico, para que sus esfuerzos tengan un objeto, y que, al mismo tiempo de hacerse rico, proporcione a sus hijos los placeres intelectuales. De esta manera, en el universo todo se conserva, sostiene, contrasta sin contradecirse, y forma mil reflejos armoniosos, como en un cuadro pintado por una mano maestra.

Veamos si aquí termina el papel destinado al hombre rico. El hijo, enriquecido por el trabajo de su padre, no sólo tiene buenos libros y hermosos cuadros, sino también un palacio lujosamente amueblado, vestidos suntuosos, mesas servidas con abundancia, caballos fogosos y coches elegantes. Decidnos, oh filósofos de la en-

vidia, ¿son todas estas cosas necesarias en una sociedad? ¿Perteneceis a la secta de los cuáqueros, enemigos de todo cuanto brilla, amantes sólo de lo blanco y de lo negro, quizás de lo gris como única variedad permitida, o admitís que en los productos de toda sociedad debe buscarse la variedad en la abundancia, la finura, la elegancia y la belleza?

Cualesquiera que fueren vuestras inclinaciones personales, que sospecho no han de ser las de los cuáqueros, permitidme que os dé a conocer la ley de toda producción. No siendo abundantes los productos, son malos y caros, y siendo abundantes son más o menos buenos, por efecto de la desigualdad de las facultades humanas, que siempre es la causa eficiente. Por lo general se empieza produciendo mal, después medianamente, hasta llegar a producir bien, mejor y perfectamente, y cuenta que este progreso se hace guardando esa distancia inevitable del producto inferior al producto mediano y de éste al superior. Ahora bien: o no es necesario el progreso, o hay que pasar por estos tres términos: o nos hemos de contentar con el valle de Tempé, poblado por pastores, que se mantenían con la carne

de sus rebaños, que tejían sus lanas, pastores muy inocentes, según los poetas, pero muy groseros en realidad, dominados por los vicios más innobles, con sus Caínnes correspondientes, si es que tenían Abelles, y sus pobres más asquerosos cien veces que los de Londres y París; porque eran de esos seres inmundos que llevan impresas las señales de la miseria física y de la miseria moral en sus facciones idiotas; o nos hemos de contentar, repito, con que el mundo sea ese valle de Tempé, o ha de haber una sociedad en continuo movimiento donde se encuentren tres términos inevitables: el producto inferior, el producto mediano y el producto superior. ¿Quiere progresar esta sociedad? Pues tiene que recorrer sucesivamente estos términos. ¿Desea la baratura? Pues es indispensable que los tres se combinen para que resulte la baratura de la reversión de los gastos del primero al segundo y de éste al tercero. ¿Se trata, por ejemplo, de la producción agrícola? El trigo, el centeno, la patata, sucediéndose en la tierra para que ninguna parte de ella quede improductiva, se prestan un socorro mutuo. La carestía del trigo permite al labrador vender más barato el centeno;

el precio regular del centeno permite dar la patata a más ínfimo precio. Si se trata de la producción manufacturera, existe la misma reciprocidad de socorro. Hace cincuenta años, cuando se introdujo el hilado de algodón en Francia, primeramente se fabricó mal y caro; después, un poco menos mal y menos caro, y finalmente muy bien y barato. Ahora se continúa hilando con más delicadeza lo fino, lo mediano y lo basto, y dándose cada día más barato, gracias a la reversión de los gastos que se opera de unos a otros. El mismo fenómeno sucede con esos elegantes tejidos de lana que otras veces se iba a buscar a los valles del Tibet, que no los usaban hace medio siglo sino las mujeres opulentas, que hoy los usan las mujeres medianamente acomodadas, y que de este modo han permitido que la modesta mujer del obrero pueda llevar vestido de merino. Si no se hiciera el hermoso tejido de cachemira, no se podría dar barato el de merino con que se viste la mujer del obrero en los días de fiesta. Los hermosos y veloces caballos de pura sangre, sobre los cuales el hijo disipado del rico corre a galope por el paseo de un parque, indemnizan al labrador de ha-

ber criado el caballo menos elegante que montan nuestros buenos jinetes, o el tosco caballo que arrastra el arado. Mas, ¿quién pagará estos productos más buscados, finos y raros, si no hay acumulaciones de fortunas en algunas personas dichosas, que el trabajo presente o pasado ha enriquecido? La riqueza, la medianía, la pobreza se ayudan así mutuamente, y pagan menos caro, porque pagan juntas, los diversos estados de la industria humana.

Indudablemente sería mejor que hubiera trigo candeal para todos, cachemira con que pudieran vestirse todas las mujeres, y hermosos corceles de Arabia en que montase todo el que quisiera. ¡Ojalá pudiéramos dar mejor alimento, vestir con telas ricas y abrigar en habitaciones más sanas a ese pueblo que amamos mucho más que los que le adulan, y cuyo buen sentido sencillo y natural apreciamos cuando no ha sido corrompido! ¿Pero se halla esto al alcance de la ciencia antigua y moderna?

Esos manjares delicados, esos vestidos bellos y sanos que envidiáis al rico, día llegará en que los tenga el pobre; sí, los tendrá siempre que la sociedad trabaje todavía por mucho tiempo. ¡Vana prome-

sa! se dirá. No es vana, si se ha de juzgar por lo pasado. Hace tres o cuatro siglos los reyes tenían en sus castillos paja por alfombras, y hoy un simple comerciante, en el interior de su habitación, camina sobre tejidos de lana esmaltados de flores. Para que suceda así, la sociedad ha tenido que trabajar algunos siglos. Siga trabajando, y lo que no pertenece más que al rico será la herencia del pobre. Pero cuando la sociedad haya llegado a ese punto, el tejido será todavía más fino, y siempre tendrá que existir la riqueza, la comodidad y la medianía (que ya no será pobreza, yo a lo menos así lo espero) para corresponder a los tres estados de toda industria humana, porque la industria progresando es como una columna en marcha, que siempre tiene vanguardia, centro y retaguardia.

Observad lo que sucede en todas las grandes perturbaciones políticas y sociales. Más amenazadoras para el rico que para el pobre, asustan al primero, le alejan de todos los goces del lujo, y al instante se detiene toda prosperidad. Se grita, se atenta contra el rico, se le agobia con impuestos, se suprime todo lo que se le asemeja en los altos cargos del Estado,

se reducen todos los sueldos, y lo que se consigue es aumentar la miseria a medida que se interrumpe más completamente el consumo de los objetos de lujo. Entonces se grita que es preciso socorrer a la industria, se buscan los medios para hacerlo, y se gasta en socorros dados a esta o la otra manufactura, en primas para la exportación, de la cual sólo el extranjero se aprovecha, dos o tres veces más de lo que se ha ganado con los impuestos mal repartidos, o por reducciones mal entendidas. Entonces esos innovadores se ven obligados a rehacer, pero mal e incompletamente, lo que hubiera bastado dejar existir, y se parecen a esos niños que quieren volver a plantar las matas que arrancaron de la tierra, o volver la vida al animal inofensivo que mataron, arrastrados por el deseo de destruir.

Todavía no he explicado todas las funciones de la riqueza en la sociedad. La riqueza no se limita a esos productos refinados, cuya producción y consumo son indispensables; sólo ella puede proporcionar capitales al genio inventor, atrevido, temerario, expuesto a engañarse a menudo y a arruinar a los que le ayuden. Hay, por ejemplo, una invención nueva que

debe cambiar la faz del mundo; su inventor la preconiza y la proclama por lo que realmente es: por una maravilla. Pero otros muchos dicen otro tanto de las invenciones más ridículas. Es necesasio hacer ensayos, arriesgar grandes capitales, y para arriesgar hay que poder perder. El pobre, y aun el hombre acomodado, ¿pueden hacerlo? El estímulo de la ganancia los incita algunas veces, y pierden en estas temeridades el modesto fruto de sus economías. Lejos de animarlos, debemos por el contrario, disuadirlos. Pero el rico que tiene mucho más de lo que necesita para vivir, puede perder y por lo tanto arriesgar: el exceso de su fortuna sirve para estimular nuevas empresas. En estas empresas pierde o gana; no tiene que sentir mucho si pierde. Si gana, se hace más rico, y puede animar a otro genio aún más atrevido.

Así, esta desigualdad de riquezas, que satisface ya a las necesidades de la industria humana, siempre desigual en sus productos, es la única que tiene los medios de ser tan atrevida como el genio. Réstale la última misión, que completa su suerte en este mundo, y esta vez, ¡oh cruel envidia! ya que no la ames, te ve-

rás por lo menos reducida al silencio. La desigualdad puede ser benéfica. ¡Oh! sin duda el rico, que regularmente es ocioso y disipador, vicio que no tarda en expiar con la miseria, vicio que expía cruelmente, porque a lo menos el pobre tiene el recurso de sus brazos y él no; el rico, digo, también tiene a veces el corazón seco, indiferente al infortunio, y recibe su condigno castigo, porque además de hallarse privado de los dulces goces que existen en la tierra, se ve perseguido por el odio más justo y más cruel que puede inspirarse a los hombres: por el odio contra el rico avaro e insensible. Pero algunas veces es benéfico, y entonces sale de sus palacios para visitar la cabaña del pobre, familiarizándose con la suciedad y los harapos, y arrostrando las enfermedades contagiosas; y cuando ha descubierto este nuevo goce, se aficiona, lo saborea y no puede privarse de él. Suponed que todas las fortunas son iguales; suponed que se suprime la riqueza y la miseria; en este caso nadie podría dar, aunque según vosotros, nadie tendría necesidad de recibir, lo cual es falso. Aun suponiendo verdadero este principio, suprimiríais la más dulce, la más grata, la más

noble de las virtudes de la humanidad, y destruiríais la obra de Dios, queriendo perfeccionarla. No toquéis el corazón humano, dejadlo tal como Dios lo ha formado. Ciertamente, si para tener la satisfacción de ver ricos bienhechores hubiésemos creado voluntariamente a los pobres, tendríais razón en decir que valía más que no hubiera pobres, aunque no hubiese ricos que pudiesen dar. Pero no olvidéis que el rico no ha hecho pobres a los que lo son; que si no hubiese llegado a ser rico, es decir, si sus padres no hubieran aumentado la riqueza general con su trabajo, los pobres serían aún más pobres, y que su laudable beneficencia, para poder mostrarse generosa con el desgraciado, no ha empezado por quitarle lo que luégo le había de dar. En esta marcha incesante hacia un estado mejor, el trabajo aprovechado socorre al trabajo estéril, y la riqueza, que puede tener todos los vicios, como todas las virtudes, socorre a la pobreza. Ambas marchan apoyadas la una en la otra, procurándose goces recíprocos, y formando un grupo cien veces más grato a la vista que vuestra pobreza sola al lado de otra pobreza, rehusándose mutuamente la mano y privadas de dos senti-

mientos sublimes: la caridad y el agradecimiento.

Voy a hacer otra observación, la última sobre este particular. Esas acumulaciones de riqueza tan aparentes a la vista, no son tan numerosas ni tan considerables como se imagina, y si se tuviese el capricho de repartirlas, muy pequeña porción tocaría a los copartícipes. Se habría destruido el mayor atractivo del trabajo: el medio de pagar sus altos productos, y se habría borrado, en una palabra, el designio de Dios sin enriquecer a nadie. En efecto, ¿creéis acaso que los ricos sean tan numerosos y tan ricos como se piensa? Pues no son ni lo uno ni lo otro. Nadie ha contado las fortunas de una sociedad; pero un Estado como la Francia, donde se suponen de población doce millones de familias, contando tres individuos por familia, se sabe que existen dos millones de familias que apenas tienen lo necesario; seis millones que lo tienen; tres millones que viven con algunas comodidades; cerca de un millón que gozan ya de un principio de opulencia, y a lo sumo dos o trescientas familias opulentas. Suponed una repartición por igual de esas riquezas; nada se quitará a los que sólo tienen lo

necesario; quizá tampoco se toque nada de los que poseen alguna comodidad, y si sólo se echa mano de lo que tienen los que verdaderamente son opulentos, casi puede asegurarse que apenas baste su producto para pagar la mitad de los gastos que al Estado se le ocasionan durante un año. Ninguna cantidad apreciable se habría añadido al bienestar de las masas, y se habría suprimido el estímulo que excitando al trabajo, produce el mejoramiento de su suerte. Esas acumulaciones que brillan a los ojos, y que deslumbrando contribuyen a excitar el amor al trabajo, que sirven para comprar los productos más refinados de una industria constantemente progresiva, y se derraman algunas veces como un bálsamo bienhechor sobre los trabajos más penosos; esas acumulaciones repartidas entre toda la masa no le darían ninguna utilidad, y se habrían destruido todos los móviles que inspirando al hombre amor al trabajo, labran la dicha de la especie humana. Muy cierto es que hoy el pueblo es más rico que hace algunos siglos; que el hambre no arrebatara generaciones enteras; que el pueblo, mejor alimentado, mejor vestido y mejor alojado (sin serlo tanto como

debía desearse), no está ya expuesto a los contagios que resultan del desaseo y de la miseria, como en Oriente y en la edad media. ¿Cómo se ha efectuado esta mudanza? Por el afán que en todos los siglos ha empleado el hombre para hacerse rico. Destruid la riqueza y veréis cómo cesa el trabajo con el estímulo que lo excitaba. Acaso no aumentaríais en una milésima parte el bien de todos, y habrías destruido el principio que en cincuenta años puede doblarlo o triplicarlo, viniendo a sucederos lo que a la mujer de la fábula, que por enriquecerse de una vez mató la gallina que ponía huevos de oro.

Dejad, pues, esas acumulaciones de riquezas, colocadas en las altas regiones de la sociedad, como las aguas que, destinadas a fertilizar el globo, antes de derramarse por los campos formando caudalosos ríos, arroyos y manantiales, permanecen algún tiempo suspendidas en vastos lagos sobre la cumbre de las más altas montañas.

Así, nada tiene el hombre al nacer; pero se halla dotado de facultades cuyo empleo le facilita todo cuanto le falta, siendo de extrema y forzosa necesidad que

haga uso de estas facultades. Y habiéndolas empleado, es de justicia que su producto, el resultado de su trabajo, sea para él y no para otro, formándose, por consiguiente, una propiedad exclusiva. Esto es equitativo, esto es necesario, porque nadie trabajaría, todos se entregarían a los excesos del pillaje cuando no hubiera seguridad de recoger cada uno el fruto de su trabajo: los hombres se arrojarían unos sobre otros para arrebatarse cuanto tuviesen, y muy pronto no hallarían qué saquear sino la naturaleza misma. El mundo entonces quedaría sepultado en la barbarie.

En efecto, las artes, aun las más imperfectas, exigen por algún tiempo la certidumbre de la posesión. El pescado con que se alimenta el salvaje pescador no se presenta sino en determinadas épocas del año en los parajes donde es cogido. El búfalo o el castor, de que se mantiene el salvaje de América, tiene también sus costumbres pasajeras de las cuales es preciso aprovecharse y saber espiar su vuelta. Ultimamente, la tierra sólo produce una cosecha, que es menester estar esperando durante un año. ¿Qué resulta de estas condiciones de la naturaleza de las cosas?

Que al hombre le es permitido acumular los frutos de su pesca, de su caza, de su labranza, sin que entretanto nadie pueda arrebatárselos, porque de otra manera no se condenaría al trabajo de producirlos. No haría ningún otro esfuerzo ni trabajo para vivir más que en el momento mismo en que fuera hostigado por el hambre. No cultivaría ningún arte, y se alimentaría constantemente de solo aquello que pudiera recoger con facilidad y rapidez, para sepultarlo enseguida en el inviolable asilo de su estómago, es decir, que viviría de bellotas o de algunas aves que pudiera matar a pedradas. En una palabra, renunciaría a todo arte que exigiera tiempo, reflexión, acumulación, si no hubiera de tener certeza de aprovecharse de sus productos, y, sobre todo, renunciaría para siempre a la agricultura, que es la primera de todas, si no tuviera afianzada la posesión de la tierra, porque es necesario adherirse a esta tierra fecunda, y adherirse por toda la vida, si queremos que corresponda con su abundancia a nuestro amor. Es, pues, preciso fijar en ella nuestra cabaña, acotarla, ahuyentar los animales dañinos, quemar la maleza que la cubre, convirtiéndola en una ceniza fecun-

dante; abrir paso a las aguas corrompidas en que está encharcada para transformarlas en arroyos límpidos y vivificadores, plantar árboles que la resguarden o de los ardores del sol o de la influencia de los vientos mal sanos, y que tardarán una o dos generaciones en crecer y desarrollarse; es menester, en fin, que allí nazca y muera el padre, y lo mismo el hijo, y lo mismo los nietos. ¿Y quién se tomaría todos estos cuidados, si la seguridad de que un usurpador no ha de venir a destruir sus trabajos, o a lo menos a apoderarse de ellos, no excitara y sostuviera el ardor de la primera, de la segunda y de la tercera generación? ¿Y qué otra cosa es esta certidumbre sino la propiedad aceptada y garantida por las fuerzas de la sociedad?

A propósito de eugenesia

Comentando la obra *La Maternité Consciente* de M. Devaldés y la cita que en ella se hace de la enumeración de los «malos progenitores», del Dr. Binet-Sanglé, dice nuestro compañero Georges Vidal:

«¿Pero no ve Ud., Sr. Devaldés, la exa-

geración y el ligero ridículo de la tesis? ¿Y los formidables abusos a que conduciría fatalmente?... ¿Cuál es la tal regeneración de raza en que soñáis? ¿Estriba ella en poblar el globo de soberbios brutos atléticos, espléndidas máquinas de rodajes sólidos y seguros? ¿Eso es todo? Así se obtendría ciertamente una nueva clase de gentes, apta para todos los trabajos manuales, resistente y económica, enteramente preparada para soportar una dictadura comunista. Porque Ud. sabe sin duda, mejor que yo y que cualquier otro, que las almas sanas no se encuentran siempre en los cuerpos sanos, y menos aún las almas excepcionales. Si le fuera posible al Dr. Binet-Sanglé aplicar inmediatamente su teoría, afirmo que los $\frac{9}{10}$ de los sabios, profesores, pensadores y artistas hoy existentes serían privados del derecho de engendrar. No legaríais por consiguiente a vuestra nueva raza más que la brillante medianía de los sementales escogidos según vuestro torpe procedimiento».

Le Semeur, enero de 1928.

Dos respuestas

Respondo con brevedad a las dos preguntas que me hace «un lector del *Diario de Costa Rica*».

1.º Desde el punto de vista de la higiene únicamente, no tiene gran importancia la cuestión de la hora en que se recojan las basuras de la ciudad, si se procede a recogerlas de buena manera. Sin embargo, en San José, por razones de temperatura y de calma atmosférica, el momento mejor es de 4 a 7 de la mañana. Este momento es también el señalado por varias consideraciones de pura urbanidad: las basuras no deben removerse ni en las horas de actividad comercial ni en las horas destinadas a los paseos, visitas y espectáculos.

Si a lo dicho se suma el hecho de que entre nosotros no existe en ninguna forma el servicio de porterías, será fácil comprender que la idea de recoger las basuras a las nueve de la noche debe ser combatida enérgicamente.

2.º Soy por principio enemigo de las

medidas simplemente represivas. Quienes las proponen y defienden ven generalmente sólo un aspecto de las cosas. El cierre semanal de las ventas de licores ha disminuido ciertamente el alcoholismo de los domingos, pero ha aumentado quizá en la misma proporción el alcoholismo de los lunes. En todo caso, el consumo general del alcohol no ha bajado, pero sí ha bajado la producción de los artesanos y de los campesinos, según he podido observarlo personalmente. Son muchos los que ahora pierden dos días enteros por semana: el domingo y el lunes. El antiguo DOMINGO CHIQUITO se ha pasado al martes por la mañana.

ELÍAS JIMÉNEZ ROJAS

25 de Marzo.

....Se comienza tiranizando provincias
distantes, países sometidos, pero se acaba
cayendo bajo el yugo de los mismos ins-
trumentos de dominación destinados a la
conquista exterior....

J. VASCONCELOS

Los más grandes adefesios nacionales son, por orden creciente: el Arancel de Aduanas, la Ley de Salubridad y la Ley de Accidentes del Trabajo. Los redactores de esta última han llegado hasta el punto de desconocer la división constitucional de los Poderes de la República y trastocar el sentido de las palabras más comunes.